



TRAS

LA

HUELLA

**Un objetivo: jugar en el bosque  
mientras el oso no está... y, en su  
ausencia, explorar un paraíso de  
nieve y montañas dominado por  
otras criaturas increíbles.**

Texto Alan Amper | Fotos Marck Gutt

**Izq.** Atardecer en el lago Two Jack.  
**Der.** La carretera provincial 93, conocida como Icefield Parkway.





La historia de Banff remite inmediatamente a su imponente naturaleza. Hacia 1885, cuando los trabajadores que construían el tren que cruzaría Canadá de este a oeste encontraron aguas termales, nació una pequeña comunidad dedicado al ocio, nada más.

Bajo advertencia no hay engaño. La misión no iba a ser sencilla. Los lugareños saben que encontrar un oso no es fácil, mucho menos si la nieve se adelanta un par de semanas. Son los mayores depredadores de la región y expertos a la hora de esconderse muy bien entre los árboles. Buscar uno –en el bosque o en las montañas– exige seguir las instrucciones de seguridad al pie de la letra. Las opciones se redujeron a una: interminables viajes por la carretera que lleva al glaciar Athabasca, en el Parque Nacional de Jasper (aledaño al de Banff), varios vasos de café, paciencia, buena música, bocadillos, más paciencia y mucha suerte. Mucha.

La personalidad de Banff tiene dos caras. De un lado, la urbana pero rústica, con un pueblo pintoresco que parece tomado de un cuento de hadas, con cabañas de madera de techo alto y tejas color marrón, luces blancas que adornan las cornisas y chimeneas para disfrutar un chocolate caliente, terrazas con jacuzzi, camas con sábanas de algodón egipcio, restaurantes con cortes típicos y no tan típicos, y botellas de vino; del otro, la mágica que pertenece a la naturaleza y que comienza al pie de los cientos de montañas que hacen cosquillas al cielo, lagos de azules infinitos, pinos inquebrantables y glaciares deslumbrantes.

Enfundados en chamarras gruesas, guantes y botas, comenzamos la búsqueda en el lugar más cercano e improbable: la cima de Tunnel Mountain, que se levanta al pie del pueblo y en donde el bullicio de locales y viajeros –los que practican senderismo, quienes pasean a su perro, atletas que limpian sus pulmones y curiosos que parecen analizar cada centímetro del bosque– eclipsa las posibilidades de ver un oso. Las ardillas suben y bajan por el tronco de los árboles

buscando comida, los pájaros sobrevuelan, tal vez alguna marmota hace su aparición entre más ardillas. En la cima, un par de bancas sirve de descanso para admirar el pueblo. Fuera del sendero señalado, el bosque guarda otra vida: huellas de alces perdidas junto a las piedras y otras más, de lobo, permanecen apartadas, solitarias, junto a un árbol, esperando al viajero que se adentre entre las rocas.

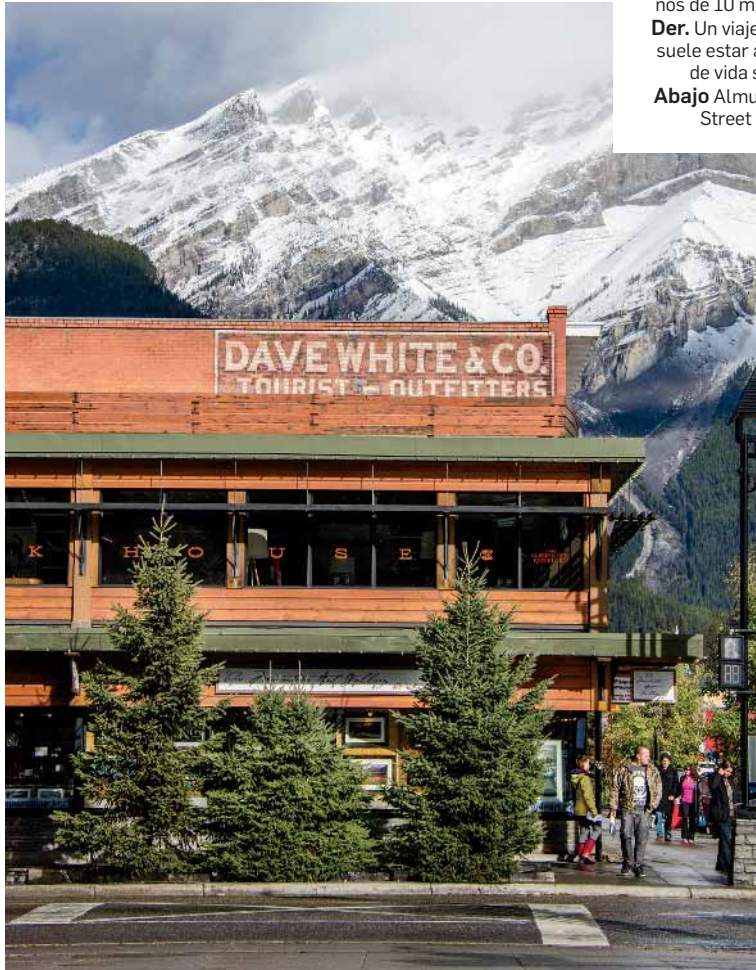
La búsqueda de los osos lleva inevitablemente a encontrarse con otros animales increíbles. Del otro lado de la cima se encuentra el campo de golf Stanley Thompson (abierto año con año, entre mayo y octubre), que cuando no tiene pelotas volando de un lado al otro, da la bienvenida a ciervos y alces, algunos de ellos sin nombre en español. Y es que la variedad de estos imponentes cornudos que caminan a través de Canadá desafía y extiende las fronteras del idioma.

Siguiendo los consejos de los expertos, la alarma sonó a las 6:14 de la madrugada. Un par de cafés y croissants calientes después, partimos rumbo a Herbert Lake, alejado varias decenas de kilómetros de Banff, para ver el amanecer. “Una vista imperdible”, según los lugareños. Nos instalamos al pie del lago apenas unos minutos antes de que el sol apareciera. El espectáculo –inmensos pinos enmarcando el lago y, al fondo, las montañas creciendo cubiertas de nieve– estaba en el cielo y reflejado en el agua.

Otro café y más kilómetros en la carretera que va hacia el glaciar, construida sólo para ver los lagos y que, a su vez, sirve de pretexto para levantar puentes naturales que ayuden a los animales a cruzar de un lado al otro. Una parada imprevista en Bow Lake de agua azul turquesa e incrustado entre las montañas rocosas; una caminata entre los árboles que lo rodean para probar suerte; más adelante, otra parada en Peyto Lake que tiene forma de lobo, precisamente al pie del glaciar Peyto; y ahí, una larga caminata sobre la espesa nieve que envuelve el Bow Summit, son algunas de las sorpresas que trazan el camino que nos une al glaciar. No hubo osos, apenas vimos algunas ardillas, pero la vista desde la cima es suficiente recompensa a los kilómetros andados. El silencio, acostumbrado a contagiar su hipnosis, es contundente.

Cambio de estrategia. Tal vez, sólo tal vez, los osos podrían aparecer más cerca de lo que imaginamos. Y es que a pesar de ser otoño, la nieve cubrió algunas montañas (otras aún visten de rojo y anaranjado). Escuchamos que apenas unos días antes algunos osos aparecieron cerca de Morant’s Curve, un icónico recoveco en la carretera secundaria desde donde el viajero paciente puede capturar la imagen del tren al pie del río Bow. Pero, en cualquier caso y si la agenda apura, la imagen sin tren es quizá tan espectacular.

Tal vez los osos se acercaron a Lake Louis, el último (diminuto) poblado en donde se puede cargar gasolina, comprar bocadillos e, incluso, alojarse. ¡Ah! y por supuesto, es también el último lugar con señal móvil antes de tomar el camino en dirección al glaciar



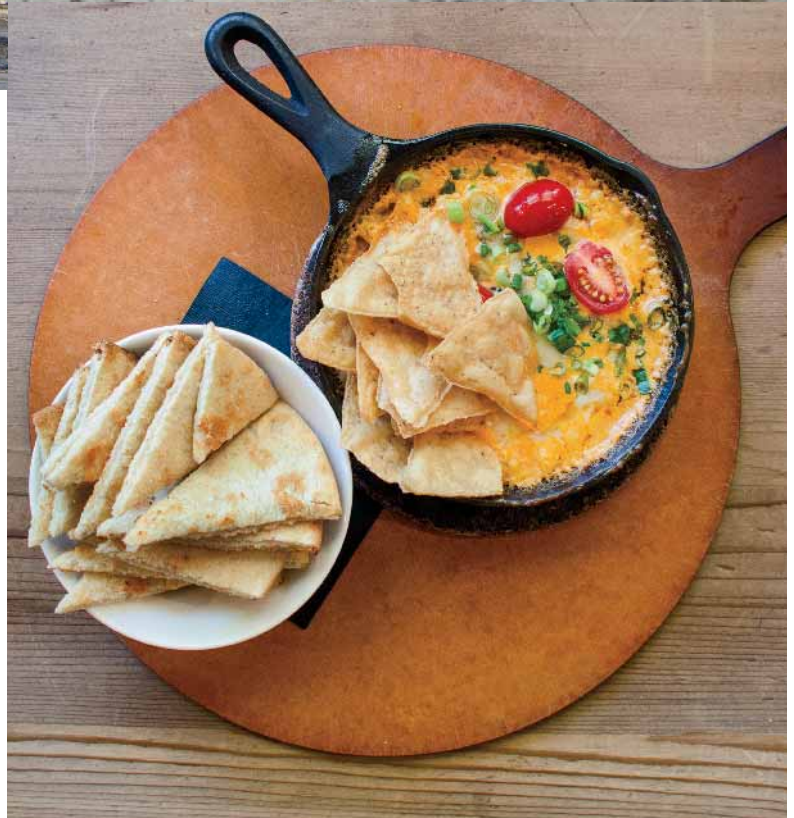
**Izq.** Banff cuenta con menos de 10 mil residentes.  
**Der.** Un viaje en carretera suele estar acompañado de vida silvestre.  
**Abajo** Almuerzo en Bear Street Tavern.



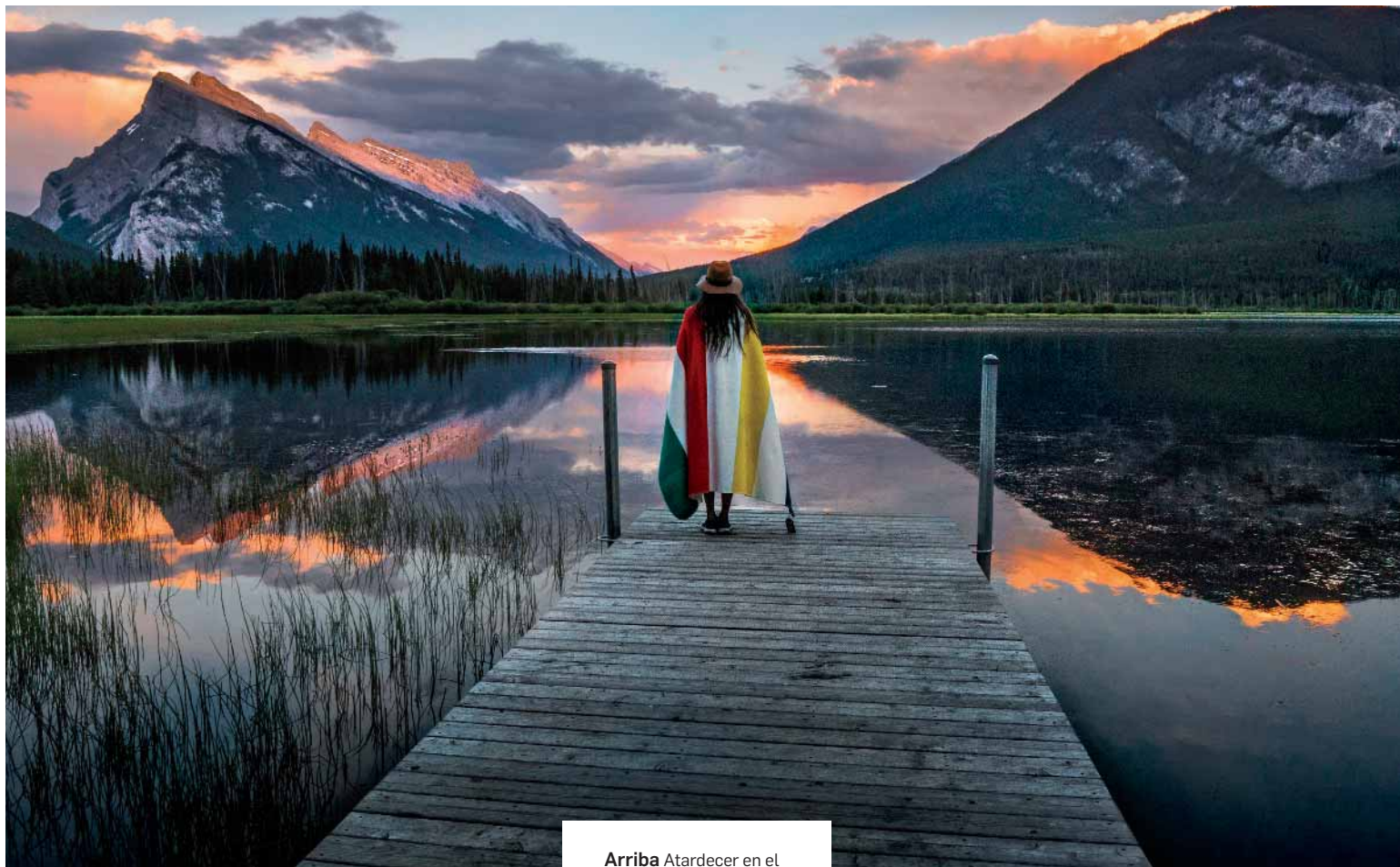
**“ LA PERSONALIDAD DE BANFF tiene dos caras: de un lado, la urbana y rústica; DEL OTRO, LA MÁGICA, QUE PERTENECE A LA NATURALEZA”.**

Athabasca. Alrededor del lago se puede hacer caminatas, practicar senderismo y escalar; kayak en verano y esquí en el invierno... incluso hay aventureros que con un chapuzón retan al lago, que debe su profundo azul turquesa al agua derretida del glaciar Victoria. Ahí, como un castillo moderno, el Fairmont Chateau Lake Louise corona la panorámica.

Paciencia. Sólo se necesita paciencia. Era poco probable que algún oso apareciera cerca del glaciar Athabasca, pero si hasta ahora las caminatas y lagos habían compensado la ausencia de mamíferos







**Arriba** Atardecer en el lago Vermillion.

**Abajo** El lago Two Jack cuenta con una zona de acampar libre de contaminación luminosa.



gigantes, el glaciar se atrevía a prometernos mucho más. En medio de la nada –una “nada” rica en inmensas montañas cubiertas de nieve, frío que se pega a los huesos y hielo, mucho hielo– está el Columbia Icefield Discovery Centre y su *skywalk*, con suelo de vidrio, que se levanta más de 280 metros de altura para observar el glaciar, las cascadas del agua que se derrite, fósiles y, con suerte, algún águila que en vuelos circulares termine la escena. Otra vez, silencio. En el camino, en las faldas de las montañas, algunas cabras pastan tranquilas y trepan decididas hacia la cima.

**L**a fórmula es sencilla: menos nieve, más probabilidad de osos. De nuevo estamos cerca del pueblo. Un lienzo blanco. Con una brocha de dos y medio pulgadas tomamos un poco de azul phthalo y dejamos que las cerdas bailen sobre la tela, esparcimos poco a poco la pintura... bien, eso es, dejamos que el blanco de la base y el azul se mezclen. En la cima de Sulphur Mountain, a la que sólo se puede acceder sobre una góndola, el mirador desafía al más cínico de los viajeros. Sobre todo, al que llega al atardecer. Entre los muros de cristal del recién renovado Sky Bistro se puede cenar bajo la luz de la luna y arropados por el calor de una copa de vino. Por supuesto, no hay osos, pero a la distancia distinguimos los magníficos cuernos de los borregos cimarrones que atrapaban la noche.

Cambiamos la ruta. Esta vez, avanzamos hacia el Lake Minnewanka donde el paisaje –que se puede explorar a pie o sobre el agua– intercambia, poco a poco, la nieve por el azul. El senderismo en las montañas es emocionante, tanto la ruta a la cima como la recompensa final. En el lago hay botes que lo atraviesan e, incluso, hay quienes bucean en el agua helada. Se presenta una pista. No muy lejos, otros viajeros dicen haber encontrado las huellas de un oso. En Two Jack Lake, la pintura continuaría así: tomamos otro poco de azul phthalo, lo combinamos con verde viridian y un poco de blanco; bien, ahora dejamos que el agua cobre vida sobre el fondo, muy bien, eso es, tenemos un lago hermoso, contento. Con la espátula haremos montañas magníficas al fondo, un poco de rojo carmesí, negro medianoche, bien, eso es... Pensar que cualquier paisaje firmado Bob Ross es apenas “lindo” comparado con el espectacular atardecer que se repite sobre el agua. Tras un par de fotografías al pie del lago, el cielo comienza a oscurecerse sin ningún ruido alrededor. Tal es el carácter que tanto nos habían presumido de Banff.

Una última oportunidad se ilumina. Quizás encontremos osos en Upper Hot Springs, al sur. Es una zona muy tranquila y la nieve que cedió hace algunos días les podría ayudar a encontrar comida antes de hibernar. El bosque es alto, los pinos coquetean con las nubes y, en el suelo, las hojas de otoño comparten lo que queda de calor; una que otra ardilla se asoma por ahí para despedirnos. La incansable búsqueda se acercaba a su final.

El poblado de Banff tiene encanto propio. Si el frío lo permite, las calles y su orgulloso telón

↓  
**The Details**  
Aventuras en las montañas de Banff, p. 56.

SHUTTERSTOCK

## “ EL BOSQUE ES ALTO, LOS PINOS COQUETEAN con las nubes y, en el suelo, las hojas de otoño COMPARTEN LO QUE QUEDA DE CALOR”.

de fondo dominado por los picos nevados invitan a salir a caminar o rentar una bicicleta. A Banff la rodean siete cascadas que apuntalan la identidad escenográfica de la región. En sus restaurantes, los cortes –de res, alce y ciervo– dialogan con el poutine importado de Quebec y la oferta de platillos griegos, franceses, italianos...

La moraleja se leería más o menos así: “Con osos o sin osos, allí donde hubiere fuentes naturales de aguas termales que dan calor entre las frías montañas del glaciar, reposarás y disfrutarás del aire fresco”.

Pero la decepción de no ver a ningún oso cede inmediatamente ante los bosques canadienses que han transformado el paraíso en un espectáculo gélido. Tras cientos de kilómetros recorridos, queda claro que la huella es sólo el comienzo.

### DE VIAJE CON NUESTROS LECTORES

Junto a Club Premier, en *Travel+Leisure México* organizamos un viaje a Banff con Laura Rodríguez y, su novio, Diego Palacios, quienes descubrieron el secreto mejor guardado de Canadá de la mano de nuestro editor digital, Ernesto Sánchez. Ahí tuvieron la oportunidad de hospedarse en el Fairmont Banff Springs, un castillo que data de 1890. Además de esquiar, practicar snow tubing y pescar en hielo, probaron los sabores locales –bisonte, alce, carne añeja y varios cocteles de ginebra–. En junio de 2017, Aeroméxico



inaugurará un vuelo directo entre la Ciudad de México y Calgary, vecina de Banff. ¡Recuerda seguirnos en nuestras redes sociales!

**f** TravelandLeisure-Mexico  
**t** TravelLeisureMX  
**@** TravelLeisureMX